

Et in terra pax: cambio y continuidad en la Santa Sede

Guillermo Ordorica Robles

Para Mónica, Camila, Julia, Elena y Ana Elena.

Cuántas veces nos recordó Juan Pablo II que quien intenta construir un mundo sin Dios, acaba construyendo un mundo contra el hombre. Todo esto se encuentra en consonancia con la trayectoria doctrinal y pastoral de nuestro Santo Padre Benedicto XVI, quien en su escudo episcopal trazó la línea fundamental de sus programas: “Cooperatores veritatis”, cooperadores de la verdad.¹

Introducción

El presente ensayo aborda aspectos destacados y polémicos del pontificado de Juan Pablo II, así como los desafíos que podría afrontar su sucesor, Benedicto XVI. En ese sentido, se revisan los pronunciamientos de algunos especialistas sobre la actual transición en la Santa Sede, así como las principales reacciones

¹ Palabras del cardenal Eduardo Martínez Somalo en la cena que ofreció a sus majestades, los reyes de España, en ocasión de su estancia en Roma para asistir a la ceremonia de entronización del papa Benedicto XVI, 25 de abril de 2005. “Ante los reyes de España; discurso íntegro del cardenal camarlengo monseñor Martínez Somalo”, en <http://www.libertaddigital.com>, 25 de abril de 2005.

generadas en el mundo a raíz del ascenso al trono pontificio del ex cardenal Joseph Ratzinger y su significado para la religión católica y las relaciones internacionales. Con el fin de identificar los elementos centrales que podrían caracterizar su reinado, se analizan las ideas que ha expresado sobre temas eclesiásticos y políticos. En la parte final se formulan breves consideraciones sobre la relación de México con la Santa Sede.

La relevancia de la Santa Sede

El trabajo religioso y político que realizó el papa Juan Pablo II en los 27 años que duró su reinado confirma a la Santa Sede como una verdadera potencia diplomática. Sin embargo, su reciente deceso y la elección de Joseph Ratzinger, conocido ahora como Benedicto XVI, plantean una serie de interrogantes sobre los desafíos que podría afrontar la Sede Apostólica en un mundo de nuevas acechanzas, como el terrorismo, donde los procesos de integración son cuestionados —según confirma el reciente rechazo de Francia y Países Bajos al proyecto de la Constitución Europea— y en el que la globalización ha probado su incapacidad para revertir la pobreza y se pretexto para minusvaluar la diversidad cultural y ejercer el unilateralismo.

La Santa Sede goza de un sólido prestigio y de una influencia incuestionable, que rebasa coyunturas y pontificados. Por su vocación religiosa, encarna la espiritualidad occidental y aporta valores e ideas para la integración social. Ello le permite sostener posturas que tienen una marcada incidencia en la política, el derecho y la moral internacionales.² La Sede Apostólica también se explica por sus actores, en especial los papas,

² Según el tratadista Alfred Verdross, la moral abarca las normas que obligan a los hombres en cuanto personalidades éticas, mientras que el derecho regula el comportamiento de los hombres como seres sociales (*justitia est de alterum*). Estima que la obligatoriedad de esa moral está plenamente señalada por el dere-

que no escapan a la proyección histórica de la misma, pero que por razones evidentes están obligados a gobernar en un contexto específico y a responder a la expectativa igualmente circunstancial de quienes profesan la fe católica, sin perder de vista su proyección atemporal.

En efecto, a partir de la encíclica *Rerum Novarum* (1890), que promulgó León XIII y es considerada como la primera carta cristiana del trabajo, con mayor o menor intensidad, los sucesivos herederos del apóstol Pedro han denunciado la injusticia inherente a sistemas políticos y económicos autoritarios o carentes de un “rostro humano”, la guerra y sus efectos devastadores, los crímenes de lesa humanidad y la inaceptabilidad de la pena de muerte, entre otros temas. Con la misma contundencia, han aportado valiosos argumentos para edificar y fortalecer las instituciones multilaterales que permitan, en el marco del derecho, una sana convivencia entre los pueblos y la eliminación de la pobreza extrema que padecen millones de seres humanos.

La herencia de Juan Pablo II

El 2 de abril murió Juan Pablo II. La amplia cobertura noticiosa del evento confirmó el poder mediático de la Santa Sede, su capacidad de convocatoria y, sin restarle mérito, la popularidad de Karol Wojtyła.

cho internacional y por la Iglesia católica, que en la encíclica *Pacem in Terris*, del papa Juan XXIII (1963), indica que “el orden que rige en la convivencia de los seres humanos es de naturaleza moral” y precisa que ese orden moral, que es universal, absoluto e inmutable en sus principios, encuentre su fundamento objetivo en el verdadero Dios, personal y trascendente. Véase Guillermo Ordorica Robles, “La propuesta de la Iglesia para el mundo”, en *id.*, *El Estado Vaticano y su presencia internacional*, México, Instituto Matías Romero-Secretaría de Relaciones Exteriores (Cuadernos de Política Internacional, núm. 8), 2003, pp. 38-39.

Mucho se puede decir del antiguo arzobispo de Cracovia, quien con notable habilidad política se posicionó como un actor clave de las transformaciones globales del último cuarto del siglo xx. Al margen de valoraciones ideológicas o religiosas e incluso del papel que tuvo en el desmoronamiento del bloque socialista, su talento diplomático coadyuvó a evitar un conflicto generalizado en Europa del Este. Wojtyla fue también un incansable promotor de la justicia económica internacional; a través de encíclicas como *Sollicitudo Rei Socialis* (1987) y de otros documentos pontificios, llamó la atención del mundo sobre la importancia de la agenda norte-sur, demandó la condonación de la deuda de las naciones menos favorecidas y confirió al derecho al desarrollo una genuina dimensión moral.

Su compromiso con la paz lo llevó a participar en foros como Naciones Unidas y a tener encuentros con la mayoría de los dirigentes políticos del orbe. Igualmente impulsó el diálogo interreligioso, aunque algunos críticos estiman que lo hizo desde una cuestionable posición de supremacía de la Iglesia católica. De recio carácter, nunca disfracó sus convicciones. Entre otros testimonios, cabe recordar las imágenes transmitidas por la televisión cuando arremetió contra el ministro de Educación de la Nicaragua gobernada por el sandinismo, Ernesto Cardinal —en plena ceremonia de recepción oficial—, para recriminarle su activismo político y pedirle que regresara a servir como sacerdote o renunciara a su labor pastoral. Igualmente, en ocasión de los ataques terroristas del 11 de septiembre en Estados Unidos, la humanidad respiró con alivio cuando el Papa aclaró al presidente Bush que el Islam no es terrorismo, en un gesto que sin duda atemperó emociones en Washington y pudo haber sido el factor que evitó una reacción inmediata y aun más violenta que la emprendida contra Afganistán y, más tarde, Iraq.

Wojtyla fue un hombre espontáneo. En su primer mensaje, apenas electo, esta característica le permitió decir al pueblo

romano, en alusión a que el italiano no era su lengua de origen: “Si me equivoco, me corrigen”. Paradójicamente, ese gesto, que le ganó la empatía con la multitud, más tarde chocó con su intransigencia en ciertos temas políticos y su conservadurismo religioso. Entre 1978 y 2005 hubo voces que denunciaron que la “actualización” de la Iglesia lograda por Juan XXIII en el Concilio Vaticano II, se había convertido en letra muerta para el Papa polaco, cuyo reinado habría propiciado un notable retroceso en la vida eclesiástica.

En efecto, a los aciertos políticos de Juan Pablo II, que permiten a la Santa Sede tener una sólida infraestructura institucional en todo el mundo, se añaden inquietudes en los ámbitos religioso y del gobierno de la Iglesia, que se quedaron sin respuesta. Muchos son los temas de la polémica; por ejemplo, que se relajen disposiciones de castidad para los ministros del culto y se permita el ejercicio del sacerdocio a hombres casados; que la mujer tenga posiciones de mayor responsabilidad en el gobierno eclesiástico e incluso pueda acceder al sacramento sacerdotal, y que se abran las puertas a divorciados, lesbianas y gays, que reclaman una pastoral específica. Es notable también la demanda de fieles que exigen una actitud más tolerante frente al derecho a la vida y la anticoncepción, en particular, como respuesta a problemas tan graves como el sida.

En el capítulo de las beatificaciones hay quienes sostienen que Juan Pablo II habría convertido el Vaticano en una verdadera fábrica de santos, habida cuenta de que, mientras que en 20 siglos sólo 3000 personas habían accedido a la santidad,³ en los 27 años de su reinado elevó a la dignidad de los altares a 482 cristianos ejemplares. En este punto sobresale la polémica desatada con motivo de la canonización, en 1998, de

³ Los procesos de beatificación promovidos por Juan Pablo II confirman la importancia que les concedió como medios para contrarrestar el anticlericalismo militante y reforzar la fe y las vocaciones sacerdotales en todo el mundo. Muchas

Edith Stein, judía que se convirtió al catolicismo y murió en Auschwitz, hecho que fue denunciado como un intento de cristianización del Holocausto.⁴

Otro motivo de desencuentro —de suyo profundo— es la percepción de que la devoción del Papa eslavo por la imagen mariana habría ido en detrimento de la centralidad devocionaria de Jesucristo. Como se recuerda, Juan Pablo II encomendó toda su vida religiosa a la Virgen y con ese motivo adoptó para su pontificado la frase de san Luis María Grignión de Montfort, *Totus tuus ego sum et omnia mea Tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor Tuum, Maria* (“Todo tuyo soy [...] María”).

El gobierno de la Iglesia no está exento de polémica. El mejor testimonio de ello lo ofreció, quizá, el aspecto físico de Karol Wojtyła, quien tras un largo pontificado literalmente acabó encorvado y débil ante el enorme peso que significa conducir los destinos de esa institución sin el apoyo de nadie.

Esta realidad ha propiciado que en diversos círculos católicos se insista en la necesidad de pensar en la fórmula que permita al Papa dejar su condición autocrática y compartir decisiones, quizá a través de una mayor colegialidad con el Sínodo de Obispos.

de estas beatificaciones fueron sumamente rápidas, como sucedió en el caso de José María Escrivá de Balaguer, en 1992, cuyo proceso tardó 17 años, contra los más de cincuenta y hasta cien que normalmente han durado otros semejantes. Sobre el tema véase Carl Bernstein y Marco Politi, *Su Santidad Juan Pablo II y la historia oculta de nuestro tiempo*, Barcelona, Planeta, 1996, así como Maya Szymanowska, “Ses records. Jean-Paul II”, en *Le Point*, núm. 699, 4 de abril de 2005, p. 59.

⁴ Dominique Chivot, “La main tendue au judaïsme”, en *Notre Histoire* (Hors-série), París, abril, 2005, pp. 44-45.

Benedicto XVI: un nuevo papa

Benedicto XVI asumió la magistratura de San Pedro el 19 de abril. Con evidentes méritos personales y religiosos, el nuevo Papa afronta la responsabilidad de gobernar a la Iglesia católica bajo la sombra de Karol Wojtyła. El proceso de beatificación de Juan Pablo II, conocido ahora como “El Grande”, que inició el propio Ratzinger el 13 de mayo último, se interpreta a la vez como homenaje y señal del rumbo de continuidad que probablemente tomará su pontificado.

Las 14 encíclicas, diversas cartas apostólicas y otros documentos pontificios de Juan Pablo II, acreditan la vastedad de su obra y lo ubican como un referente natural para la Iglesia del Tercer Milenio. Benedicto XVI sabe bien que el pontífice que efectuó 104 viajes internacionales —cinco a México— fue un gigante de su tiempo. Por ello, no se equivocó Mijaíl Gorbachov cuando el 1 de diciembre de 1989, de visita en el Vaticano como presidente del Soviet Supremo, le dijo a su esposa Rania: “Te presento al hombre con mayor autoridad moral del planeta”.

La popularidad de Wojtyła plantea a su sucesor un primer reto en materia de manejo de medios. Para una institución como la Iglesia católica se trata de un punto vital, puesto que en su esencia está la proyección de imágenes y liderazgos capaces de multiplicar las sensibilidades religiosas de los fieles, y de generar aceptación por parte de la opinión pública en general. La reflexión es oportuna porque quienes dieron cobertura noticiosa al acto de entronización de Benedicto XVI podrían haberse quedado con la impresión de que el Papa es un religioso formal y sobrio, ajeno a las multitudes, severo y menos sencillo que su antecesor. En ese sentido, es previsible que este papa confiera sello propio a su pontificado, en particular para que la imagen que transmita —sin dejar de ser auténtica— no se distorsione y lo acerque a la gente. Igualmente, se esperaría que

el ritmo que imprima a la Santa Sede le permita capitalizar los efectos del activismo político de Juan Pablo II, administrar la presencia internacional de la Sede Apostólica y volcar su atención hacia los asuntos internos de la Iglesia.

Antes del cónclave, mucho se habló del cardenal Ratzinger, entonces prefecto para la Congregación de la Doctrina de la Fe, al que se señalaba como favorito para suceder a Juan Pablo II. Sin embargo, a ese favoritismo se oponía la vieja máxima acuñada en los pasillos vaticanos, según la cual “quien entra papa al cónclave, sale cardenal”, razón por la cual los medios confirieron menos valor a su candidatura y se mostraron atentos a la elección de cualquier otro purpurado, incluso de un desconocido, como sucedió en el caso de Wojtyła. Por ello, grande fue la sorpresa cuando se anunció que la designación había recaído en Joseph Ratzinger. A manera de anécdota, y ante el conocido perfil conservador del nuevo Papa, el afamado teólogo disidente Hans Küng generalizó el comentario de que, a partir de esta elección, será siempre posible que el cardenal conservador favorito que entra al cónclave pueda salir transformado en Papa reformador.⁵

Muy probablemente, los cardenales electores afrontaron la disyuntiva del cambio o la continuidad en la Santa Sede. Sin embargo, la elección de Ratzinger confirma que ganaron los partidarios de la línea conservadora de su antecesor. Esta realidad permite aventurar la hipótesis de que los reinados de Wojtyła y Ratzinger se distinguirán mayormente por sus coincidencias, y que las divergencias, cuando existan, serán menores y de matiz. De ser el caso, se mantendrá la actitud de supremacía de la Iglesia católica frente a otras religiones, y el Papa seguirá estando a prudente distancia de las tendencias aperturistas

⁵ Hans Küng, “Io, riformista deluso, lo aspetto per capire”, *La Repubblica* (Roma), 20 de abril de 2005, p. 8.

del Concilio Vaticano II. Igualmente, como de hecho ya ocurre, seguirá gobernando con el mismo grupo de colaboradores que designó Juan Pablo II para ocupar los más altos cargos de la jerarquía romana. Todos estos elementos reafirmarían la autoridad del Papa frente a quienes sostienen ideas diferentes de las suyas, y estimularían la inmovilidad de esa jerarquía, con el consecuente sacrificio de las nuevas generaciones de religiosos.

La tradicional actitud de completa reserva del cónclave no permite saber nada de lo que ahí sucedió. No obstante, es del dominio público que quienes estaban en contra de la continuidad consideraban que un cardenal como Carlo María Martini, destacado biblista conocido por su compromiso con el Concilio Vaticano II, sería un buen candidato para sustituir a Juan Pablo II. Otros estimaban que había llegado el tiempo para renovar el espíritu misionero de la Iglesia, por lo que enfocaban su atención en África y, en particular, en el cardenal nigeriano Francis Arinze. Algunos más pensaban en ciertos cardenales latinoamericanos y, por ende, en la conveniencia de emprender una segunda evangelización, que confirmara al continente americano como semillero de fieles y de nuevas vocaciones religiosas.

En cualquier caso, la elección de Ratzinger indica que, por ahora, la continuidad con el pontificado de Juan Pablo II es la fórmula que hará posible una transición pausada y sin sobresaltos. De ahí que se confirme la expectativa de quienes desde 1992, cuando Wojtyła fue hospitalizado por primera vez, auguraban que “se necesita un pontífice ya maduro, que quizá viaje un poco menos y que busque meter mano en la reforma de la curia [...] un pontificado casi de transición, con una duración de ocho, máximo 10 años”.⁶

Con el fin de orientar a la opinión pública, el ex ministro italiano Rocco Buttiglione afirmó que Ratzinger no es un con-

⁶ Andrea Tornelli, *Benedicto XVI, el custodio de la fe. La biografía*, México, Aguilar, 2005, p. 24.

servador a ultranza, pero sí un firme opositor al modernismo. Según este político, que durante algún tiempo trabajó con el nuevo Obispo de Roma como asistente, Benedicto XVI es un hombre intransigente en lo religioso, que no invadirá los campos propios de la política e insistirá en los valores del catolicismo.

Apenas dos meses después de electo, esta caracterización fue descalificada por el propio Papa, cuando llamó al pueblo italiano a no votar “en temas que son odiosos a la Iglesia”, impidiendo así el éxito del referéndum efectuado en ese país los días 12 y 13 de junio a propósito de aspectos relacionados con su legislación sobre salud reproductiva y fecundación asistida.⁷ Unos días antes, frente a un grupo de obispos, Benedicto XVI había sostenido que es justo orientar a los católicos. Para apoyar al Papa en su primera batalla política, la Conferencia Episcopal Italiana divulgó que esta posición no es un obstáculo para la ciencia y sólo confirma que la Santa Sede trabaja por el presente y el futuro del cristiano.⁸ Dicho de otra forma y como ha sucedido tantas veces en la historia de la Iglesia católica, con notable pragmatismo y evidente utilidad para su causa, el Papa mezcló política y religión de forma tal que confundió los linderos entre una y otra actividad.

El incidente del referéndum no pasó inadvertido y puso el acento en el necesario debate entre laicidad y catolicismo, sobre

⁷ M. Politi, “Le armate di Ratzinger”, *La Repubblica*, 9 de junio de 2005 (primera plana).

⁸ Esta declaración del Papa se vincula con el tema de la defensa de la vida humana, en el cual cumplió un papel destacado durante el pontificado de Juan Pablo II, al actuar como redactor de documentos pontificios que abordaron este capítulo, como las encíclicas *Redemptor Hominis* (1979) y *Sollicitudo Rei Socialis* (1987); las exhortaciones apostólicas *Familiaris Consortio* (1981) y *Christifideles Laici* (1988), y la carta apostólica *Mulieris Dignitatem* (1988). Acerca del tema, véase G. Ordorica Robles, “Principales documentos de la Iglesia católica sobre temas de actualidad y de derechos humanos”, en *id.*, *op. cit.*, pp. 155-161.

todo ahora que el tema religioso, tradicionalmente de índole privada, adquiere con la globalización un carácter más público. A manera de ejemplo, hay quienes afirman que ha llegado el momento de repensar el poder político y de elaborar nuevos significados morales para responder a temas como los de la bio-ciencia. Para quienes así piensan, Benedicto XVI sería el líder espiritual adecuado para llevar a la Iglesia católica hacia su objetivo de monopolizar la ética pública, a partir de su presunción de centro de la moral internacional.

Hacia un nuevo pontificado

La elección del Papa alemán ha desatado toda una serie de especulaciones sobre la forma en que gobernará a la Iglesia católica y los retos de la Santa Sede, en su doble condición de institución religiosa y de entidad política y sujeto de derecho internacional. Aunque todo está por probarse, entre los vaticanistas circula la especie de que Ratzinger tendría una actitud pesimista sobre el mundo de hoy, que en su opinión estimula un racionalismo exagerado y socava la religiosidad de las personas, con el consecuente crecimiento del ateísmo, el individualismo y el consumismo.

El nombre de Benedicto XVI, adoptado por Joseph Ratzinger para ejercer su ministerio petrino, alerta a la opinión pública mundial sobre el compromiso que presumiblemente tendrá su pontificado con la paz en el mundo, en especial porque se trata de un tema muy sensible para alguien que, como él, nació en un país marcado por dos guerras mundiales sucesivas. Esta presunción también se fundamenta en el hecho de que el último Benedicto que gobernó la Iglesia lo hizo entre 1914 y 1922, precisamente en el periodo de la primera guerra mundial, del triunfo de la Revolución bolchevique y de los acontecimientos

internacionales de la inmediata posguerra. Aquella coyuntura propició que Giuseppe della Chiesa, en su encíclica *Ad Beatissimi*, denunciara con todo rigor los estragos de la primera conflagración mundial, a la cual definió como “inútil carnicería” y resultado de “la ausencia de ordenamientos estatales y de la práctica de la sabiduría cristiana, que garantizan la quietud y la estabilidad de las instituciones”.⁹

Con el mismo ánimo de encontrar respuestas sobre los perfiles del Sumo Pontífice y su ministerio, la opinión pública siguió con atención el discurso que pronunció al día siguiente de su elección, en el cual, al evocar a Juan Pablo II, para quien la multitud congregada en la Plaza de San Pedro solicitaba ya su inmediata canonización, buscó un signo casi milagroso de legitimación de su propio pontificado, en especial cuando dijo “sentir su mano fuerte que aprieta la mía”.¹⁰

El texto de este discurso refleja la personalidad del papa Ratzinger, quien no obstante su presunta falta de sencillez, se presentó como un “humilde trabajador en la viña de Dios”.¹¹

⁹ El papa Della Chiesa publicó dos encíclicas relacionadas con la política internacional y la paz. Apenas electo, en 1914, dio a conocer su encíclica *Ubi Primum*, en la que reflexionaba sobre la urgencia de restablecer la paz. Poco después, en la encíclica *Ad Beatissimi*, indicó las causas de la guerra, que en su opinión eran las siguientes cuatro: la falta de mutua comprensión; el menosprecio de la autoridad; las injustas luchas entre las clases, y el exagerado apetito de las cosas perecederas. En agosto de 1917, Benedicto XV publicó una “nota pontificia sobre la paz”, en la que afirmaba que ésta no tiene que ser hija de la violencia sino de la razón. En otros documentos se refirió a la importancia de aceptar el derecho y la justicia como principio, en sustitución de la fuerza armada, del recíproco desarme gradual y de la creación de un organismo de arbitraje capaz de solucionar los problemas internacionales. Véase Juan Dacio, *Diccionario de los papas*, Barcelona, Destino, 1963, pp. 241-243, y Agostino Paravicini Bagliani, “L'ultimo Papa Benedetto tuonó contro la guerra”, *La Repubblica*, 20 de abril de 2005, p. 9.

¹⁰ “*Missa Pro Ecclesia*. Primo messaggio di Sua Santità Benedetto XVI al termine della concelebrazione eucaristica con i cardinali elettori in Capella Sistina”, en *Vatican Information Services*, 20 de abril de 2005.

¹¹ La humildad legitima a los religiosos y a quienes se escudan en la fe para realizar su trabajo. En tal sentido y con toda proporción guardada respecto a la

Más allá de este aspecto, en todo caso formal, el mensaje se articuló alrededor del fenómeno religioso, en particular la importancia de la Eucaristía como centro de su pontificado y de los esfuerzos que realizará para fortalecer la unidad de los cristianos, estimular el diálogo teológico y la purificación de la memoria, fomentar el desarrollo social con dignidad humana y cultivar el diálogo entre civilizaciones. De manera muy particular, Benedicto XVI fue cuidadoso con los equilibrios del culto. A diferencia de Juan Pablo II, que como ya se dijo habría llevado la devoción mariana al extremo, señaló su obligación de hacer brillar ante el mundo al “único Señor de todos [...] a la luz de Cristo”.

Las reacciones

En Alemania, el júbilo por la elección fue desbordante. El canciller federal Gerhard Schroeder no ocultó su satisfacción y en algunos momentos pareció olvidar su calidad de representante de la laicidad del Estado alemán. Después de todo no era para menos; el ascenso al trono pontificio de un compatriota bien podría interpretarse como síntoma de la plena reivindicación de Alemania frente a sí misma y a la conciencia europea; una especie de exculpación histórica por los excesos cometidos durante el siglo XX y, a la vez, una oportunidad para que la Alemania reunificada

humildad con la que se presentó Benedicto XVI, es interesante conocer la definición que hace Alain Milhou de la orgullosa personalidad de Cristóbal Colón y su mentalidad mesiánica, en particular cuando pretendió que su humildad fuera una señal de elección divina para acometer la hazaña del descubrimiento, y que su firma autógrafa reflejara el misterio trinitario o el tetragramatón de la palabra “Dios”. Al respecto, véase A. Milhou, *Colón y su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, España, Casa Museo de Colón/Seminario Americanista de la Universidad de Valladolid (Cuadernos Colombinos XI), 1983, pp. 78-102.

encuentre su lugar en el complejo escenario europeo que, más allá de esfuerzos unionistas, padece los desencuentros de países que compiten por el liderazgo regional.

Por otro lado, el hecho de que el nuevo Papa sea europeo y no de otra región del mundo indica la importancia que los cardenales electores dieron al tema de la “identidad europea”, que en opinión de la Iglesia católica se fundamenta en la fe cristiana.¹²

La elección de Benedicto XVI lleva implícita la prioridad de que la Santa Sede trabaje en favor de la recristianización del continente europeo, precisamente en momentos en los que es evidente la disminución de fieles católicos. Como indica un eminente vaticanista, los cardenales seleccionaron a alguien de Europa:

No al regreso a Italia, no el salto al Tercer Mundo. Un pontífice de Europa, como habría deseado Karol Wojtyła, porque es necesario afrontar el agudo problema de la descristianización. Y, sobre todo, porque sólo fundándose en la tradición secular del Viejo Continente, grecorromana y judeocristiana, la Iglesia católica puede hablar sin complejos de inferioridad ni atemperanzas neuróticas a los nuevos poderosos de la tierra y al superpoderoso que se encuentra en las orillas del Potómac.¹³

Del otro lado del mundo, el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, tuvo expresiones de reconocimiento por la elección de Ratzinger. Haciendo eco de este planteamiento, la secre-

¹² La diplomacia vaticana impulsó la idea de incorporar el concepto de la identidad cristiana de Europa en la Constitución Europea, aunque sin éxito. En su lugar, el proyecto de la Constitución establece, en su artículo 1-2, “Los valores de la Unión”, que los Estados miembros son “una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre las mujeres y los hombres”.

¹³ M. Politi, “Via all’era Ratzinger, sarà Benedetto XVI”, *La Repubblica*, pp. 2-3.

taria de Estado, Condolezza Rice, indicó que Washington está dispuesto a trabajar para fortalecer la relación bilateral con la Santa Sede y para promover la dignidad humana por doquier. Ciertamente, la joven diplomática afrontará ahora el reto de darle contenido a sus palabras en los espinosos temas de la pena de muerte y de la guerra justa, en los cuales las diferencias entre ambos Estados son profundas.¹⁴ El tono positivo de la reacción oficial contrastó con el de la opinión pública estadounidense, que tuvo otra valoración del sucesor de Juan Pablo II, según se advierte en la encuesta que en días previos al cónclave efectuó la empresa Gallup, que fue difundida por *CNN* y *USA Today*. De acuerdo con estos sondeos, 59% habría deseado un papa similar a Karol Wojtyła y sólo 4% a un religioso más conservador. El restante 33% habría favorecido a un pontífice más progresista. En un país marcado por los escándalos de curas pedófilos, el mismo sondeo indicó que un importante segmento de los encuestados expresó algún deseo de cambio en la Iglesia; por ejemplo, 63% se mostró favorable al matrimonio de los sacerdotes,¹⁵ muy probablemente influido por lo que es práctica común en esa nación puritana y de tradición protestante.

La agenda petrina: primeros apuntes

La agenda de Benedicto XVI no es improvisada. Es el resultado del proceso de reflexión continua de un integrante de la Curia

¹⁴ Benedicto XVI ha dicho que la pena de muerte y la guerra justa son temas de debate porque llevan implícita la idea de la defensa ante la agresión. En su opinión, en tales casos, la respuesta debe limitarse a aplicar los medios inmediatos aptos a esa defensa y respetar siempre todos los derechos humanos fundamentales. Antonella Palermo, *Entrevista al cardenal Ratzinger después del 11S*, Roma, Radio Vaticana, septiembre de 2001.

¹⁵ Arturo Zampaglione, "L'applauso di George Bush i timori dell'altra America", *La Repubblica*, p. 19.

Romana habituado a los manejos del gobierno de la Iglesia desde la cúpula. De ahí que, cuando se hable de su magisterio, se dé por hecho que está pensado y tiene claro el papel que en su opinión está llamada a desempeñar la Sede Apostólica en los ámbitos de la religión y la política.

Muchos son los asuntos que motivan la atención de la Santa Sede. No obstante, poco se dice de aquellos que son más delicados y tienen potencial para marcar la diferencia entre Juan Pablo II y Benedicto XVI, como sería el caso de la necesaria labor de reconciliación entre los diferentes grupos y sectores de la Iglesia católica. En efecto, para dinamizar la Iglesia, Juan Pablo II fomentó una estrategia de nueva evangelización al igual que la creación de movimientos laicos, muchas veces de renovación carismática, que incrementaron las tensiones entre quienes afirman que los laicos deben trabajar por un “cristianismo arraigado”, militante en los diversos medios sociales y profesionales, y aquellos que sostienen que ha llegado el momento de fomentar un “cristianismo de la identidad”, más preocupado por los valores espirituales y menos por la política, como es el caso de las diferentes congregaciones y órdenes religiosas.¹⁶

El 19 de noviembre de 2004, el todavía cardenal Ratzinger fue entrevistado para el diario *La Repubblica* por el periodista italiano Marco Politi, a quien señaló que la Santa Sede tendría cinco grandes retos ante sí: laicidad, Iglesia, Dios, sexo-familia y el Islam.

¹⁶ Con Juan Pablo II surgieron grupos de laicos militantes, entre los cuales los más renombrados son: el Focolari, creado por la turinesa Chiara Lubich, para fomentar una “nueva espiritualidad”; la Comunidad del Arca, del canadiense Jean Vanier, en favor de las personas con capacidades diferentes; la Comunidad de San Egidio, del romano Andrea Riccardi, que mezcla lo espiritual y lo humanitario para trabajar como mediadora en procesos de negociación de la paz; el grupo Comunión y Liberación, del milanés Luigi Giussani, que busca recuperar en Italia la labor de Acción Católica, y el Camino Neo-Catecumenal, del español Kiko Argüelles, para impulsar la catequesis. Véase D. Chivot “De l’Opus Dei aux Focolari. Les grandes rapprochés”, en *op. cit.*, pp. 52-55.

En esa ocasión, sin saber el destino que tendría su carrera eclesiástica, comentó que hoy se hace política con el laicismo, lo que conduce a deformar la laicidad y a coartar la libertad religiosa. En esta materia, indicó, el Estado no debe imponer religión alguna y sí, en cambio, darle espacio al fenómeno religioso con responsabilidad hacia la sociedad civil. Según señaló, la Iglesia debe concebirse como historia de amor entre Dios y los hombres para que la diferencia entre aquélla y la modernidad se atempere. Acerca de Dios, reiteró su deseo de hacerlo presente en la economía y la política para evitar la destrucción. El tema sexo y familia, de suyo ampuloso, fue objeto de un severo juicio del entonces “panzerkardinal”, quien es un convencido de que hay que impedir el matrimonio entre homosexuales porque destruye por igual a la familia y a la sociedad. Finalmente, al referirse al desafío del Islam, mencionó que la Iglesia católica le puede ofrecer los conceptos de la tolerancia y la libertad religiosas, como alternativas al Estado teocrático, que en su opinión limita la libertad y el desarrollo de la cultura. Cabe destacar que a esta primera declaración se añaden ya expresiones sobre la necesidad de que el Papa traduzca en hechos sus ideas y continúe el diálogo con el Islam, en particular porque el propio Benedicto XVI habría generado dudas al manifestar su rechazo al ingreso de Turquía a la Unión Europea por diferencias culturales y religiosas.¹⁷

En este capítulo de la relación con otras religiones, es oportuno recordar que correspondió al cardenal Ratzinger, en su condición de prefecto de la Congregación para la Doctrina de

¹⁷ A propósito del debate sobre la pertinencia de incorporar a Turquía a la Unión Europea, en septiembre de 2004, en un encuentro con operadores pastorales en Velletri (cerca de Roma), el entonces cardenal Ratzinger opinó negativamente cuando dijo: “Histórica y culturalmente, Turquía tiene poco en común con Europa, por lo cual, con todo el respeto, sería un gran error englobarla en la UE”, en *ACI Digital*, 20 de septiembre de 2004.

la Fe, elaborar la Declaración *Dominus Iesus*, en la que precisó “la unicidad y universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia”, en momentos en los que en Occidente crece el relativismo y se difunde la denominada teología del pluralismo religioso. En la conferencia de prensa que dio para presentar la Declaración, en septiembre de 2000, señaló que la estima y el respeto por las religiones y culturas del mundo no limitan en modo alguno la obligación misionera de la Iglesia, ya que ésta “anuncia y debe anunciar incesantemente a Cristo, que es el camino, la verdad y la vida, en quien los hombres encuentran la plenitud de la vida religiosa y en quien Dios ha reconciliado todas las cosas”. Como se sabe, la Declaración desató diversos comentarios acerca de su verdadero significado para otras religiones, distintas de la católica, en virtud de que adjudica a esta última una posición de supremacía que deforma el principio de igualdad que se requiere para tener un verdadero diálogo interreligioso.

En el ámbito de las relaciones internacionales, destaca el discurso que pronunció el Papa para el cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, el 12 de mayo de 2005, el primero de un marcado carácter político. En esa oportunidad, reafirmó que la Iglesia proclama y defiende sin cesar los derechos humanos y se esfuerza por lograr “que se reconozcan los derechos de toda persona humana a la vida [...] y a la promoción del desarrollo social, en el respeto de la dignidad del hombre y de la mujer, creados a imagen de Dios”. De esta manera, reafirmó la vocación histórica del Vaticano de erigirse en una posición de centro a nivel internacional, sustentada en la “primicia moral” que le ofrece el derecho natural. Con base en esta postura, todo indica que la diplomacia vaticana seguirá tratando de inspirar la política mundial y de influir a largo plazo en los procesos de transformación global, evitando en lo posible la confrontación con los Estados.

Formalmente, el Vaticano no tiene política exterior ni reconoce que la ejerza, porque sostiene que “su reino no es de este mundo”. Sin embargo, es un hecho que las declaraciones papales sobre eventos internacionales, el trabajo del secretario para las Relaciones con los Estados, así como la gestión de los nuncios en sus respectivas adscripciones, configuran una genuina diplomacia de la Santa Sede. Así las cosas, el nuevo Obispo de Roma seguramente mantendrá las líneas centrales de la política exterior de su antecesor, en especial para fortalecer la Organización de las Naciones Unidas y estimular una nueva óptica del derecho y las relaciones internacionales sobre la base del jusnaturalismo, y no sólo a partir de declaraciones universales y otros instrumentos jurídicos avalados por órganos multilaterales que, al ser de derecho positivo, el Vaticano tradicionalmente considera más aleatorios y mutables. “Este recurso al derecho natural ha sido la base de las posiciones adoptadas por la Santa Sede en materia de bioética y de defensa de la vida; así como en favor del arreglo pacífico de las controversias internacionales, rechazando el concepto de guerra preventiva”.¹⁸

A propósito de estas consideraciones, es oportuno recordar que la Santa Sede sostiene que el derecho internacional contemporáneo, al que tradicionalmente reconoce como reflejo de la moral internacional que la propia Iglesia ayuda a edificar, no siempre recoge el sentido verdadero de la justicia, en virtud de que su codificación progresiva es cada vez más el resultado de consensos que deforman las normas de derecho natural.

La moral internacional adquiere para la Sede Apostólica un rango especial cuando se abordan temas como el derecho humanitario. A manera de ejemplo, destaca la postura vaticana de condena al bloqueo de Cuba o al que se instrumentó en contra del Iraq de Saddam Hussein, no obstante sus respectivas

¹⁸ Miguel Ángel Moratinos, “La política exterior de Juan Pablo II”, *El País* (Madrid), 4 de abril de 2005.

legitimaciones de derecho positivo, en virtud de que estima que tales medidas generan sufrimientos a la población civil y, por ende, son contrarias al derecho internacional humanitario, que se nutre del natural. Como señaló el arzobispo Celestino Migliore, nuncio observador permanente de la Santa Sede ante Naciones Unidas, el 1 de junio de 2004, con motivo de la adopción, por parte de la Asamblea General, de una resolución sobre el 40 aniversario de su participación en el máximo foro multilateral: “Necesitamos una comunidad internacional ordenada, sustentada sólidamente en el derecho, un derecho que no sea de capricho sino de principios emanados de la universalidad de la naturaleza humana”.

En el mismo discurso al cuerpo diplomático, el papa Ratzinger se refirió a “las naciones con las que la Santa Sede aún no tiene relaciones diplomáticas [...] formulando el deseo de verlas cuanto antes representadas ante la Sede Apostólica”. De esta manera, expresó su disposición a establecer vínculos diplomáticos con los pocos Estados que todavía no lo han hecho con la Sede Petrina, en particular China y Rusia, y a consolidar al Vaticano como sujeto central de la comunidad de naciones.

El caso de China, que aparentemente “está en el corazón del nuevo Papa”,¹⁹ es complejo. En ese país existen una Iglesia católica “oficial”, que goza del reconocimiento gubernamental, y otra que mantiene vínculos con la Santa Sede y opera en la clandestinidad. En este contexto, la referencia del Papa bien puede ser interpretada como una reacción al conflicto de civilizaciones y, también, como un genuino deseo de favorecer un ambiente propicio para la negociación con Beijing. En cualquier caso, ambas partes tendrían que buscar la fórmula para superar los dos obstáculos que impiden el establecimiento de rela-

¹⁹ Henri Tincq, “Benoit XVI met en place sa diplomatie et adresse des signaux à Pékin et à Moscou”, *Le Monde* (París), 15 y 16 de marzo de 2005, p. 6.

ciones diplomáticas: la potestad de la Santa Sede para nombrar libremente a los obispos, sin intervención del Partido Comunista Chino, y la ruptura de todos los lazos con Taiwán. El mero enunciado de esos obstáculos indica su complejidad política y llama la atención sobre su posible permanencia como asunto pendiente de la agenda vaticana. No obstante, alimentado por el optimismo de la elección del Papa, el obispo de Hong Kong, monseñor Joseph Zen, ha señalado que el deseo de acercamiento del Vaticano no tiene correspondencia con el del gobierno de Beijing, que hasta ahora no ha mostrado interés por llegar a un acuerdo. En su opinión, la Santa Sede difícilmente romperá relaciones con Taiwán, más aún cuando es su único aliado diplomático en Europa y porque sus lazos oficiales con el mundo se limitan a otros 26 países.²⁰

Por lo que hace a Rusia, el 7 de junio pasado se efectuó un encuentro entre el cardenal secretario de Estado, Ángelo Sodano, y el ministro de Asuntos Exteriores de la Federación de Rusia, Sergei Lavrov, que alimentó expectativas sobre un posible impulso a la relación bilateral. Aunque dicha reunión habría permitido constatar “la cordialidad de las relaciones actuales y las posibilidades de mejorarlas aún más”,²¹ el hecho es que los lazos están marcados por frecuentes desencuentros. Hay que recordar que Juan Pablo II murió sin haber logrado poner pie en Rusia, por diferencias con el patriarca de la Iglesia ortodoxa, que nunca le formuló una invitación.

A estas dificultades se añaden otros eventos poco afortunados, como sucedió al inicio de 2002, cuando las autoridades rusas impidieron al padre Stefano Caprio regresar a su parroquia en Moscú, o la expulsión de Siberia, en abril del mismo año, sin

²⁰ “Obispo de Hong Kong aclara que relaciones con Vaticano dependen de gobierno chino”, en *ACI Digital*, 14 de junio de 2005.

²¹ C. Giles, “El ministro ruso de Exteriores se entrevista con el secretario de Estado del Vaticano, Angelo Sodano”, *Europa Press*, 7 de junio de 2005.

mediar ninguna explicación, del obispo católico de San José en Irkustsk, monseñor Jerzy Mazur. Para conocer las razones que propiciaron esta última decisión, pocos días después, Juan Pablo II envió una misiva al presidente Vladimir Putin, quien no respondió. Ante ello, monseñor Jean Louis Tauran, secretario para las Relaciones con los Estados de la Santa Sede, comentó a los medios que la Federación de Rusia habría incumplido con lo que señala la Conferencia de Viena sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa, de enero de 1978, que obliga a los Estados signatarios a respetar el derecho de las comunidades de creyentes a establecer y mantener lugares de culto o reunión accesibles libremente; a organizarlos según sus particularidades institucionales; a escoger, nombrar y sustituir su personal de acuerdo con necesidades y reglas propias; así como a respetar todo acuerdo libremente establecido entre ellas y el Estado.²²

Los casos de China y Rusia confirman la expectativa que tiene la Santa Sede sobre eventuales procesos de cambio político y reforma en esos países, en particular en el tema de la libertad religiosa. La postura vaticana en este capítulo es ortodoxa y se concibe de conformidad con lo que dispone el artículo 18 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de 1948: “Toda persona tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión; este derecho incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de manifestar su religión o su creencia, individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza, la práctica, el culto y la observancia”.

La enorme relevancia que tiene este tema para Benedicto XVI fue acreditada en el multicitado discurso que ofreció al cuerpo diplomático, cuando dijo que la Iglesia católica, en

²² “Rusia y la Santa Sede quieren desarrollar sus relaciones”, *Agencia de información Zenit*, en <http://zenit.org>, 7 de junio de 2005.

su ámbito y con sus medios, seguirá colaborando para salvaguardar la dignidad de todo hombre y trabajando en beneficio del bien común. La Iglesia, señaló, “no pide ningún privilegio para sí, sino únicamente las condiciones legítimas de libertad y acción para cumplir su misión. En el concierto de las naciones, desea favorecer siempre el entendimiento entre los pueblos y la cooperación fundados en una actitud de lealtad, discreción y cordialidad”.

Estos conceptos no son nuevos para el Papa, quien ha tenido oportunidad de refrendarlos en diversas ocasiones, como sucedió en la ya aludida entrevista que concedió al diario italiano *La Repubblica* el 19 de noviembre de 2004, cuando señaló que el laicismo ha perdido la connotación de neutralidad que abrió espacios de libertad y ahora, en su lugar, comienza a transformarse en una ideología que se impone a través de la política y no concede espacio público a la visión católica y cristiana, que corre el riesgo de convertirse en algo puramente privado y mutilado.

El pontificado de Benedicto XVI, aunque joven, se enfrentó ya a la realidad de los ataques terroristas de Londres, del 7 de julio último. Como era de esperarse, el Papa expresó a los fieles que asistieron tres días después al Angelus en la Plaza de San Pedro, su “profundo dolor por los atroces atentados”; pidió orar “por las personas asesinadas, por los heridos y sus seres queridos”, así como “por los autores del atentado: que el Señor toque sus corazones”. Este planteamiento tuvo como corolario una expresión de condena sumamente fuerte por su significado religioso, ya que al dirigirse “a cuantos fomentan sentimientos de odio y a quienes llevan a cabo acciones terroristas tan repugnantes”, el Papa afirmó: “Dios ama la vida, que ha creado, no la muerte. ¡Deteneos, en nombre de Dios!”

Muchos y muy variados son los temas que afrontará la Iglesia en estos años. Sin embargo, en un esfuerzo de recapitu-

tulación de lo que se ha señalado en este trabajo, es previsible que el reinado de Benedicto XVI se oriente a combatir el relativismo; impulsar los valores católicos frente a un secularismo que considera agresivo; reafirmar los valores de la familia tradicional; rechazar el matrimonio homosexual, que no es “fruto de una verdadera complementariedad afectiva y sexual”,²³ y estimular la recristianización de Europa, de una Europa “que está vacía en su interior, paralizada en cierto sentido por una crisis de su sistema circulatorio, una crisis que pone en riesgo su vida”.²⁴ En el ámbito de la política mundial, hay signos de que el Papa trabajará con la certeza de que “la paz global y la seguridad sólo serán alcanzadas si la comunidad internacional respeta la vida y dignidad humanas y se compromete con el desarrollo social y económico de cada país y de cada hombre, mujer y niño”.²⁵

Para redondear estas reflexiones, y como se dijo al principio de este ensayo, hay que considerar que la Santa Sede es un actor singular de las relaciones internacionales, porque las decisiones que toma el Papa frente a temas coyunturales no sólo se explican con criterios igualmente circunstanciales. Más bien, responden a la concepción milenaria del tiempo que tiene una institución habituada a esperar y que no decide a la ligera o bajo presión; que ha sobrevivido a los vaivenes y mutaciones

²³ Joseph Ratzinger, “Considerazioni circa i progetti di riconoscimento legale delle unioni tra persone omosessuali”, en *Vatican Information Services*, 3 de junio de 2003.

²⁴ *Id.*, *Lectio Magistralis al Senato Italiano*, en *Vatican Information Services*, 13 de mayo de 2004.

²⁵ Discurso del arzobispo Celestino Migliore, nuncio observador permanente de la Santa Sede ante la ONU, en ocasión de la 96 Reunión Plenaria de la Asamblea General: “Declaración de las Naciones Unidas del 8 y 9 de mayo, como días de recuerdo y reconciliación; conmemoración del 60 Aniversario del fin de la segunda guerra mundial”, Nueva York, 9 de mayo de 2005, en http://www.vatican.va/roman_curia/secretariat_state/2005/documents/rc_seg-st_20050509_ii-world-war_en.html.

de la política mundial como, por ejemplo, a la creación y posterior derrumbe del socialismo real, en menos de un siglo de existencia.

Ésa es, quizá, la gran paradoja del Vaticano, que no conoce las emergencias, al menos como las conciben las instituciones y actores políticos del mundo laico, que por su misma naturaleza las visualizan en la inmediatez y las miden con criterios clientelares. Dicho de otra forma, el cambio que supone la transición entre un papa y otro no es sino la expresión más clara del desenvolvimiento histórico de la Sede Petrina y la religión que la sustenta.

A manera de apunte: aspectos de la relación de México con la Santa Sede

La elección del nuevo Papa ofrece a México la oportunidad para reflexionar sobre la forma y calidad de sus vínculos con el Vaticano. En ese sentido, parece oportuno consolidar una política integral hacia la Santa Sede, que aborde los aspectos de la relación en los ámbitos de las políticas interna y exterior mexicanas, y confirme el compromiso del gobierno de la República con la laicidad del Estado y las leyes que lo regulan.

Las señales políticas de México tienen que ser tan cordiales como firmes, en particular para que no se envíen mensajes confusos, se acoten los espacios de la relación bilateral y se afirme la disposición del gobierno de México para aplicar las leyes constitucionales cuando así lo estime pertinente. De esta manera se dejaría de conducir la relación con criterios de corto plazo y coyunturales, a la vez que se optimizarían los espacios de oportunidad política que ofrece. La idea es que el gobierno marque el tono de los vínculos y el contenido de la agenda, en particular en temas sensibles como la relación del Estado con las iglesias.

Con más de una década de experiencia, parece oportuno dejar atrás la tesis de que la relación bilateral es nueva, para dar paso a una segunda etapa, de plena consolidación de vínculos y de una colaboración diplomática útil, complementaria y de largo aliento. Para ello, sería pertinente instrumentar hacia la Santa Sede una estrategia que rebase los límites de lo simbólico y se nutra de una agenda de contenidos concretos, incluso con capítulos de cooperación, por ejemplo para la difusión cultural. En esa misma línea de reflexión, convendría reactivar el Mecanismo de Consultas y Diálogo Político que México estableció con la Santa Sede en 1999, dotarlo de una periodicidad definida y convocarlo al más alto nivel posible. Por lo que hace a la operación cotidiana de la política de México hacia el Vaticano, se sugiere acotar con toda claridad las responsabilidades de la Secretaría de Relaciones Exteriores (SRE) y de la Secretaría de Gobernación (SG), a fin de ratificar el papel de la primera como cabeza de sector, según dispone la Ley Orgánica de la Administración Pública Federal. En este sentido podría pensarse en la creación de un mecanismo de coordinación interinstitucional SRE-SG para atender la relación bilateral.

Es un hecho que las reglas no escritas de la práctica diplomática aconsejan prudencia y reciprocidad. La relevancia del Vaticano en el mundo así como la singularidad de sus lazos con México y su elevado valor simbólico hacen de nuestra embajada un destino político muy cotizado. Si bien es cierto que es facultad del gobierno mexicano designar y remover libremente a sus agentes diplomáticos, en este tema debe ser muy cuidadoso de las formas y de los tiempos, máxime que la contraparte vaticana —en su milenaria sabiduría— está habituada a leer los mensajes “entre líneas” que conllevan. Es deseable, en virtud de lo anterior, que la designación del embajador de México responda invariablemente a objetivos de Estado y, por ende, a los criterios de una política exterior orientada a enriquecer la

calidad de los vínculos bilaterales. Hay que valorar que, cuando no sucede así, se arriesga la buena imagen del país y se hace necesario reprogramar los tiempos de la relación y relanzarla, al menos en lo que se refiere a los vínculos personales y de confianza que el embajador en turno está obligado a establecer con sus interlocutores vaticanos y con el mismo Sumo Pontífice. Acerca del personal del Servicio Exterior adscrito a nuestra representación diplomática, es pertinente que, antes de designarse, se revisen con cuidado los expedientes de los interesados para confirmar la idoneidad de su perfil profesional y su lealtad absoluta al Estado mexicano y sus instituciones.

Finalmente y en un sentido más amplio, que se relaciona con los elementos que están obligadas a aportar nuestras representaciones diplomáticas para el mejor conocimiento de la realidad internacional y la formulación integral de la política exterior de México, sería de interés identificar el mecanismo que permita a nuestras embajadas en el Vaticano, Israel y Arabia Saudita, intercambiar información sobre acontecimientos de índole religiosa y, por ejemplo, sus repercusiones para la delicada situación en Medio Oriente así como para la coyuntura mundial. En ese tenor, los informes políticos que reglamentariamente elaboran esas embajadas podrían incorporar un capítulo de fondo relativo al análisis de las relaciones entre religiones, en el que se dé cuenta de estos temas, que el México de hoy no puede pasar por alto en virtud de su relevancia para las relaciones internacionales. También sería interesante que los titulares de estas embajadas, con los auspicios del Instituto Matías Romero, pudieran participar durante sus visitas a México en eventos académicos, como seminarios de formación continua y para las nuevas generaciones del Servicio Exterior Mexicano, relacionados con el papel de las grandes religiones en el mundo actual.